

XXIV Concurso de Literatura Epistolar Amorosa de Calamocha

Seudónimo: A. Robles



Al arrendatario de mis cimientos:

Me conociste en la calle Buenavista, número cuarenta y tres, casualmente la edad que tenía yo por entonces. Cuando te cruzaste por mi acera, percibí tu sorpresa y admiración, tu incertidumbre, mientras tu mirada ascendía de forma sutil por la sombra de mi silueta, en un vaivén un tanto descarado que iba desde los pies del asfalto hasta mi cabeza, llena de pájaros como siempre dices que me recuerdas, alegre y vivaz entre las nubes.

Desde que apareciste, allí plantado delante, indeciso, no he de negarte que mi atracción por ti fue amor a primera vista. Lo que no consiguieron muchos otros que vinieron antes que tú con iguales o mejores intenciones, lo lograste con solo reposar, por un instante, tu mano sobre la barandilla de mi hombro, mientras yo suspiraba porque palmo a palmo recorrieras todas mis curvas, mientras las vigas de mis huesos crujían al suspiro por sentirme tuya.

Con los demás procuré en lo posible que no sintieran ningún placer por conocerme. Los hacía pequeños a mi lado, y apenas cabían en el trastero del olvido o en la buhardilla de las esperanzas. Tú, sin embargo, me arrebataste la cordura, y lastimé que no nos hubiéramos encontrado entonces, cuando mi aspecto no estaba tan ajado por la dejadez que deja la rutina.

Sin demora, tenía que ser tuya, y en nuestra segunda cita busqué el refugio de un sol ceniza al caer la tarde que atenuaba los pequeños estragos de mi rostro. Y cuando, por fin, te decidiste a entrar en las estancias más ocultas de mi alma, cuando aceptaste el reto de volver a hacerme palpar, te abrí las compuertas de mi corazón, enmarañado de hiedra sobre la tapia de mis recuerdos. Y me dejé hacer, sintiéndome halagada por todos tus caprichos.

En todo este tiempo, los arañazos en el suelo, los desconchones de las paredes, han sido solo pequeñas cicatrices de una convivencia que nos ha dado muchas horas de felicidad bajo la luz atenuada de las lámparas, mientras tu voz se ha quedado por siempre en cada estancia.

Junto a ti me sentí de nuevo renacer, viva como nunca hasta entonces lo había estado, con ganas de florecer en cada balcón, en cada pedazo de tierra que ibas sembrando a cada paso.

Por eso ahora, cuando veo que dismantelas todo lo habitado, que las cajas de cartón son el estómago de los armarios, que las grietas van haciéndose más grandes y profundas, siento el dolor de nuevo al abandono.

Y aunque sepa que otros inquilinos llegarán que remocen mi soledad con nuevas alegrías, con nuevas penas, no tengo consuelo cuando te veo marchar, dando el último portazo mientras arranca el camión de la mudanza.

La única esperanza que me queda es saber que tu nombre aún sigue grabado en el buzón. Y que te haré venir a buscarme.

Sigo siendo yo,
tu casa